

Es también digna de referirse la manera con que la Iglesia de Santa María de los Reyes celebraba la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

En su capilla de la izquierda, ó sea del lado del Evangelio destinada hoy al culto del Sagrado Corazón de la Virgen Inmaculada, fuera ya del arco, se colocaba una mesa-altar con todos los ornamentos necesarios para celebrar sobre ella el augusto sacrificio de la Misa: detrás y á mayor altura figuraba un penasco deprimido, en cuyo fondo y en el interior de la Capilla se destacaba el portal de Belén, dentro del cual se veía a la Santísima Virgen, á su lado á San José y entre los dos un pesebre que contenía la imagen del NINO DIOS, reclinada sobre paja, á quien daban calor... un buey y una mula, que se distinguían en último término. Rodeaba por todas partes al pobre portal un frondoso bosque de madronos y romeros sabinos; y cubrían los muros de la capilla unos lienzos en que estaban figurados los edificios y calles de la Ciudad de Belén.

A las nueve y media de la Noche Buena principiaban los Maitines cantados por el Cabildo de la Parroquia y solemnizados con armoniosos himnos y alegres Villancicos por la Capilla de música. Y al dar la primera campanada de la media noche, aparecía sobre los alto del bosque un niño vestido de blanco como un Ángel que, acompañado dulcemente por la orquesta, cantaba el “*Gloria in excelsis Deo*” á los pastores que se veían acá y allá, guardando el ganado de todas clases esparcido por el monte; y que, al oír la celestial música se ponían a bailar al compás alegre del tamboril y la dulzaina que sonaban debajo del hueco penasco, desde el cual se ponían también en movimiento todas aquellas figuras. Otros se dirigían al establo llevando en hombros corderos blancos que ofrecían al Niño Jesús, después de adorarle postrados en tierra. Y las ovejas y cabritas y los corderos y las terneras se veían triscar y saltar entre las brenas: y la multitud de fieles que atestaba el Templo, llena de respetuosa alegría, explicaba á su manera los detalles de esta sencilla y piadosa función á los innumerables niños que la presenciaban con indecible y candoroso entusiasmo, levantados en lo alto por sus padres hasta que, pasada esta breve espasión religiosa, anunciaban la salida de la Misa, *llamada del Gallo*, al altar

mayor, que era solemnísima; y de repente, todo volvía a quedar en silencioso y profundo recogimiento.

Repetíase el baile de los Pastores, aunque por cortos instantes, en el primer día de Pascua y en el de la Circuncisión, cuando la Procesión claustral se detenía, antes de la Misa mayor, delante del Belén (así le llamaban las gentes). En las mismas circunstancias del de la Epifanía, una estrella iluminada cruzaba lentamente sobre el bosque, por entre cuyas sendas se veían caminar á caballo los santos Reyes, con gran séquito de criados y camellos, y al llegar cerca del portal de Belén en que la estrella se había detenido, la caravana hacía alto y los Magos, llevando en las manos sus presentes, se postraban ante el Niño Dios, y le adoraban con reverencia y devoción.

Todas estas cosas se verificaban con bastante propiedad; y á pesar de la gran concurrencia, nunca hubo ruido ni exceso que llamase la atención de los Párrocos; al contarios, estas sencillas y piadosa representaciones solían producir por lo regular una devota impresión, avivando la fé de los mayores y grabando en el ánimo de los niños un recuerdo indeleble de estos Misterios consoladores.